

# Andreas Kalvos

## ODAS

Traducción, prólogo y notas de  
José Antonio Moreno Jurado



Centro de Estudios Bizantinos, Neogriegos y Chipriotas







**Andreas Kalvos**

**ODAS**



**Andreas Kalvos**

**ODAS**

Traducción, prólogo y notas de  
José Antonio Moreno Jurado

Centro de Estudios Bizantinos, Neogriegos y Chipriotas  
Granada, 2016

## Biblioteca de Autores Clásicos Neogriegos

Director: Moschos Morfakidis

### DATOS DE PUBLICACIÓN

Andreas Kalvos: Odas

Traducción: José Antonio Moreno Jurado

pp. 142

1. Poesía 2. Poesía Griega Moderna

- © Centro de Estudios Bizantinos,  
Neogriegos y Chipriotas  
C/ Gran Vía 9-2º, 18001 Granada  
Tel. y Fax: +34 958 22 08 74
- © De la traducción: José Antonio Moreno Jurado

Primera edición: 2016

ISBN: 978-84-95905-73-4

Maquetación: Jorge Lemus Pérez

Ilustración de la portada:

*Escena de batalla de la Guerra de Independencia de Grecia*  
Georg Perlberg (1807-1884)

*Reservados todos los derechos. Queda prohibida la reproducción total o parcial de la presente obra sin la preceptiva autorización.*



## SOBRE ANDREAS KALVOS

Aunque los neohelenistas españoles han incrementado, en los últimos años, las traducciones y ediciones de poetas y novelistas griegos contemporáneos, por lo general, conocemos con cierta profundidad en poesía, por razones que no vienen al caso en este momento, los nombres de Kavafis, de Elytis, de Seferis y, en menor medida, de Ritsos, sin menospreciar las recientes aportaciones de poetas de los años setenta.

En esta lenta y costosa apertura a los valores literarios de la Grecia contemporánea, considero digno, incluso sumamente atractivo, presentar en castellano la tarea creativa de la noble, aunque enigmática y huraña, figura de Andreas Kalvos, rescatado del olvido, aunque se trate de un olvido natural y fluctuante, por algunos miembros de la llamada Generación de los años 30 (Seferis, Elytis) en Grecia, sin que ello signifique que otros autores anteriores, como Palamás, no hubiesen comprendido su tarea lírica y su empeño patriótico. Sin embargo, la obra poética de Kalvos, como la concibo, debe entenderse hoy bajo dos direcciones distintas y complementarias: su papel en la historia reciente del pueblo griego y su intrínseco valor literario.

Pero, antes de abordar con cierta pulcritud esas dos direcciones, conviene, aunque sólo de manera esquemática, anotar algunos rasgos de su biografía esencial con objeto de situarlo adecuadamente en la época que le tocó vivir. Nació en la isla de Zante (Zákynthos) en 1792, en donde pasó su infancia. Su padre, inquieto comerciante, abandonó a su mujer y se instaló en Italia a donde le siguieron sus hijos, Andreas y Nikolaos. Allí completó su educación sin llegar a realizar nunca estudios sistemáticos. En Florencia, conoció al poeta Hugo Fóscolo que lo nombró su secretario, lo honró con su amistad, le proporcionó medios para vivir y abrió nuevos horizontes para el joven.

La muerte de su madre, en 1815, hizo imposible el reencontro familiar y dejó en el poeta una huella de dolor íntimo e imborrable que recogerá, de manera excepcional y emotiva, en una de sus odas:

¡Oh voz, oh madre,  
oh firme consuelo  
de mis primeros años!  
¡Ojos que me regasteis  
de dulces lágrimas!

En 1816, marchó a Suiza con Fóscolo y, más tarde, tras una separación violenta de los dos poetas, Kalvos se instaló en Inglaterra, en donde se casó y tuvo una hija. Desgraciadamente, las dos mujeres murieron en 1820 y el poeta, al parecer, tuvo algún intento de suicidio. En el mismo año, regresa a Italia y se inicia en el llamado *carbonarismo*. Más tarde, se encuentra en Suiza, en donde aparecerá, ya en 1824, *La Lira. Odas de Andreas Kalvos*. Tras 1821 vivió en París como periodista, pero, profundamente preocupado por la situación de su patria, regresó a Grecia, en 1826, y se instaló en Nauplio. Al poco tiempo, pasó a Corfú, se dedicó a dar clases particulares y llegó a ser profesor de la Academia de Jonia. Enemistado con otro profesor, dejó la Academia en 1852 y volvió a sus clases particulares. Su carácter huraño y altivo lo condujo a extremos insospechados: expulsa de su casa al hijo del Gobernador inglés de las Islas Jonias; renuncia a ser miembro de la Academia sólo por el hecho de que fue menos aplaudido que un enemigo suyo personal; ataca con exagerada violencia al profesor Yorgos Therianós; no quiso conocer voluntariamente al gran lírico del demótico, Dionisio Solomós, a pesar de que los dos poetas tenían amigos comunes; se viste de negro y pinta de negro los muebles y cortinas de la casa; expulsa de su escuela a los alumnos que cree que no pueden progresar, buscándose así su propia ruina económica. Finalmente, marchó de nuevo a Inglaterra, se casó por segunda vez con la directora de un colegio y murió en Luth, cerca de Londres, a los 77 años de edad, en noviembre de 1869. En 1960 sus restos fueron trasladados a Zákynthos.

Aunque, siendo muy joven aún, concibió la esperanza de llegar a convertirse en un auténtico poeta italiano, escribió las odas en su lengua materna, el griego. Sin embargo, su obra poética es verdaderamente pequeña y sólo se limita a la producción de veinte poemas, recogidos en el título general de *Odas*, que cantan, salvo raras excepciones, las proezas de los que combatieron por la Independencia de 1821. Las diez primeras odas se editaron con el título de *La Lira. Odas de Andreas Kalvos* (Ginebra 1824) y las demás en el tomo *Piezas líricas de Kalvos y Christopulos* (París 1826). Más tarde, todos los poemas se recogieron en diversas ediciones entre las que destacan la de Y. Th. Zoras, *Odas de Kalvos con la primera traducción francesa* (1962) y la de F. María Pontani, *Odas de Andreas Kalvos* (Atenas, Íkaros, 1970). En castellano, contamos con los trabajos de R. Irigoyen, "Poesía neohelénica II. Andreas Calvos y C. P. Cavafis", *L'Anguilla* 2 (1980), pp. 5-53, "Dos odas de Andreas Kalvos", *Cuadernos hispanoamericanos* 414 (1984), pp. 41-54, y de M. Castillo Didier, "El mar y la luz en las Odas de Kalvos", *Byzantion Nea Hellás* 5 (1981) y, finalmente, *Las Odas griegas de Andreas Kalvos. Ensayo y versión métrica completa*, Santiago de Chile 1988. El número 10 de la revista *Más cerca de Grecia*, dirigida por Penélope Stavropulu, le dedicó en Madrid el volumen entero.

Para acercarnos a Andreas Kalvos, como a Solomós y a sus seguidores, es preciso volver los ojos, una vez más, al desarrollo de la formación del reciente Estado griego. Los griegos no perdieron nunca su sentido de ἔθνος (nación) y desde el Imperio y durante la Edad Media, se designaron a sí mismos Ρωμαίοι (romanos), con cierto espíritu religioso cristiano, o Ἕλληνες, bajo el amor nostálgico por la tradición. Pero durante los cuatro siglos de la dominación otomana, sólo a partir de 1814, bajo la influencia de la doctrina liberal-nacionalista, griegos de la diápora promovieron la creación, tanto en el exterior como en el interior, de sociedades secretas, como la *Filikí Etería* (Φιλική Ἐταιρεία), fundamentales y activas del movimiento independentista antiturco. Con el apoyo de los fanariotas de Constantinopla, de comerciantes, de clérigos y de guerrilleros, pudieron organizarse, finalmente, los levantamientos populares.

En 1821, el sacerdote D. Papaflesas subleva el Peloponeso y, en el mes de marzo, los dirigentes de los clanes de Kolokotronis y Mavromichalis levantan Morea y toman su capital, Trípolitsá. En 1822, en el llamado Congreso de Epidauró, inspirado por el movimiento romántico, se proclama la Independencia de Grecia y se instaura una Constitución democrática. La Asamblea constituyente, apoyada por los filohelenos europeos, otorga la presidencia del Estado a Mavrokordatos, mientras algunos destacados personajes europeos, como Lord Byron, se unen a la guerra por la independencia de Grecia. La reacción turca no se hace esperar y, en este mismo año, tiene lugar la terrible matanza de Quíos. En 1824, los egipcios ocupan Creta en calidad de aliados de los turcos. Dos años más tarde, en 1826, cae la ciudad de Mesolongui, en donde muere Byron, tras una resistencia feroz y sacrificada. Por el Tratado de Londres, en 1827, Gran Bretaña, Francia y Rusia deciden intervenir en el conflicto, la flota aliada vence a la armada turco-egipcia en Navarino y se nombra gobernador de Grecia al ex ministro de Exteriores de Rusia y griego de origen, el conde Kapodistrias. Tras el asesinato de éste, en 1830 las grandes potencias imponen una monarquía absoluta que recaerá en el príncipe bávaro Otón I de Wittelsbach.

La Guerra de la Independencia de Grecia de 1821 se nos muestra como una consecuencia más del espíritu nacionalista europeo de la época. Pero en realidad, sólo con la toma de conciencia de su propia identidad nacional y el sacrificio del pueblo, las alianzas entre bandas armadas (*κλέφτες* y *άρματολοί*) cuyos fines eran bien diferentes en principio y la colaboración de los grandes clanes, se hizo posible la victoria.

La poesía, en cambio, va más allá de los acontecimientos históricos o se ciñe, sencillamente, a ellos. Ésa es su grandeza o su servilismo. Depende, desde luego, de la habilidad que posea el autor para sobrepasar los hechos concretos y universalizarlos. Me atrevería a decir, sin equivocarme demasiado, que los poemas de Kalvos, más allá de ciertos momentos poéticos en que consiguen superar su propia servidumbre, sólo tienen sentido y vigencia dentro de ese marco histórico al que me he referido y en el que se crearon. Pero no se trata de ningún

demérito. No en vano, junto a Solomós, se le viene considerando tradicionalmente poeta nacional por excelencia, de manera parecida, aunque muy diferente en el fondo, a otros poetas nacionales como Palamás o Sikelianós.

Me referí más arriba a la revalorización del poeta realizada por la Generación de 1930. En efecto, Seferis, que cita versos de Kalvos con harta frecuencia en su obra en prosa, escribió, ya en 1936, sus “Dudas en la lectura de Kalvos”, que incluyó algo más tarde en *Dokimés* (Alejandría 1944<sup>1</sup>). El artículo de Seferis nos sorprende por dos afirmaciones concretas y puntuales. En primer lugar, porque considera que la poesía de Kalvos, en un juego verdaderamente imposible, por esencia, se encuentra más allá de las palabras, como si tales palabras, en realidad, fuesen “fantasmas” y el lector se viese obligado, por ello, a entender lo que no se dice. En segundo lugar, porque su afirmación, muy conocida y debatida por todos, de que Solomós, Kalvos y Kavafis son “tres grandes poetas muertos que no sabían griego”, nos hace poner en duda muchos de los argumentos utilizados por los manuales y las monografías sobre esos tres poetas. La verdad es que Solomós, Kalvos y Kavafis eran, al menos, bilingües y, muy posiblemente, lo que Seferis echara de menos en ellos no sería el desconocimiento de la lengua griega, sino cierta falta de fluidez interior de su lenguaje. De hecho, en la última etapa de sus vidas, Solomós y Kalvos volvieron a escribir en italiano. Hay algo de verdad, por tanto, en la opinión de Seferis, pero no toda la verdad. Incluso es posible que Seferis sólo emitiese semejante juicio desde el punto de vista del demótico que toma como modelo para su propia creación en prosa y en verso.

Elytis, creo sinceramente, se acerca más que Seferis a la modernidad y a las técnicas expresivas de Kalvos en su artículo titulado “La verdadera fisonomía y la audacia lírica de Kalvos”. Escrito entre 1941 y 1942, se publicó por primera vez en el número dedicado por la revista *Nea Estía*, en la Navidad de 1946, a la figura del poeta. Se volvió a editar en la misma revista en 1960 y, hoy, se encuentra incluido en *Anijtá jartiá* (Atenas 1982), pp. 43-89. Aunque resulta imposible resumir en pocas líneas las matizaciones de Elytis sobre Kalvos, sus ejes principales de pensamiento son los siguientes: la personalidad

solitaria y desafortunada del autor; la conciencia de que tiene por Madre a la Naturaleza y por Vida, a Zákynthos; la audacia lírica, para su época, de ciertas imágenes y, finalmente, su originalidad y su rebelión.

Sea como fuere, los poemas de Kalvos se atienen a dos corrientes literarias opuestas, desde una obligada perspectiva con frecuencia poco fructífera, que se engarzan entre sí admirablemente: un *clasicismo* entendido aquí como la vuelta a los autores clásicos, aprendida en el círculo helénico de Liborno dentro de esa aspiración de los griegos de la diáspora a mirarse en su propia tradición clásica, y un *romanticismo* envolvente, aprendido quizás en Fóscolo o en las propias corrientes europeas. Su lengua, en cambio, parte del demótico y acude a términos arcaizantes con el propósito de enriquecer la lengua del pueblo, quizás por influencia también de Fóscolo.

En cuanto a la forma externa de todas sus odas, la métrica personal utilizada por Kalvos resulta inconfundible y supone, desde luego, una de sus más excelentes originalidades. Se basa, sin duda, en el decapentasilabo tradicional al que somete a un ritmo arcaizante, considerando de forma independiente los dos hemistiquios y aboliendo su rima, de manera que, así, tanto evidencia su origen griego como nos recuerda ciertos metros italianos clasicistas.

Curiosamente, K. Th. Dimarás, en su “Prólogo” a la citada edición de Pontani, asegura que existen dos “atractivos” en los poemas de Kalvos: la lengua y el verso que, vestidos de ropajes antiguos, mantienen viva la tradición popular y, después, el drama interno del poeta que se respira en su obra.

En un análisis paciente, el mundo lírico de Kalvos, además de sus imágenes visuales y sensibles, se expresa esencialmente en un núcleo reducido de palabras que, en cuanto recurrencias, nos hacen comprender fácilmente su pensamiento y sus intereses líricos: Virtud, tiranos, Libertad, esclavitud, guerra, héroes, himnos y Musas. Dicho de otra forma, Kalvos, a pesar de ocultarse a sí mismo en sus versos, puso su lírica, de forma casi exclusiva, al servicio de los ideales de la Independencia.

A nosotros, desgraciadamente, nos es imposible expresar, fingir, literariamente hablando, y plasmar en nuestra lengua

todo el juego léxico de Kalvos, toda esa mezcla de palabras arcaizantes y demóticas que embellecen sus textos. Sin embargo, en la medida de lo posible, he dejado hablar con claridad al poeta y, así, además de su visión de la realidad de Grecia, debemos leer pacientemente, en ciertas pinceladas de sus versos, el drama de su vida interior. Y, aunque no podamos apreciar su lengua, al menos, nos quedan sus ideas, su atrevimiento y su sentido revolucionario.

*SEVILLA, ENERO DE 1998*





**ODAS**



## PREÁMBULO

¡Oh retoños alados de la diosa Mnemosine,  
diestra en muchas artes, alegrías del hombre,  
afortunados regalos de eterna memoria  
de los dichosos Olímpicos! Volad rápidamente  
sobre las espaldas infatigables de los céfiros,  
mi tierra os espera. Allí, los sacrificios,  
las flores y el mirto enriquecen mil  
templos que, un día, construyeron  
las manos invencibles de la Libertad.

Ha llegado el momento deseado. Los laureles,  
inmarcesibles hojas de triunfos,  
adornan la respetable cabeza de Grecia.  
Y vosotras, rosas de oro, con aromas de ambrosía,  
vosotras, rosas del paraíso del Helicón\*, tejed  
hoy una corona purísima, porque la Virtud,  
sola, sin adornos, desnuda, anunciada por ella misma,  
está ascendiendo a lo más inmaculado del cielo.  
Mas, si las Piérides\*\* le regalan el brillante rayo del Sol,  
tendrá un honor sin envidias y, alabada,  
no abandonará jamás las danzas terrenales.

---

\* Monte de la Beocia célebre por el culto de Apolo y de las Musas.

\*\* Epíteto de las Musas, por los montes Pieros en Macedonia donde moraban.



Oda primera [I]  
**EL PATRIOTA**

1

¡Oh queridísima patria!  
¡Oh admirable isla  
de Zante! Tú me concediste  
el aliento y las doradas dádivas  
de Apolo!

2

Acepta este himno.  
Los Inmortales odian  
el alma y truenan  
sobre las cabezas  
de los ingratos.

3

Nunca te olvidé.  
Nunca, aunque el azar  
me condujo lejos de ti  
y llevo veinte años  
en pueblos extranjeros.

4

Pero, afortunado o infeliz,  
cada vez que la luz enriquecía  
las montañas y las olas,  
siempre te tenía  
ante mis ojos.

5

Tú, cuando la noche cubre  
con su oscurísimo peplo  
las rosas celestiales,  
eres la única alegría  
de mis sueños.

6

Un día, el Sol iluminó  
mis pasos por la dichosa  
tierra de Ausonia\*.  
Allí, siempre se sonrío  
el aire puro.

7

Allí, es dichoso el pueblo.  
Allí, bailan las muchachas  
del Parnaso\*\* y, allí, sus hojas,  
en libertad, coronan  
la lira.

8

Corren salvajes, enormes,  
las aguas del mar  
y caen y se escinden  
con violencia sobre las rocas  
de Albión.

9

Derrama en las orillas  
del ilustre Támesis  
fuerza, gloria  
e innumerable riqueza  
amaltea.

---

\* Antiguo nombre de la península italiana.

\*\* Montaña de la Fócide, también morada de las Musas y Apolo.

10

Allí me llevó el soplo  
del aire. Me alimentaron,  
me cuidaron los rayos luminosos  
de la superdulcísima  
libertad.

11

Y admiré tus templos,  
sagrada ciudad  
de los celtas. ¿Qué placer  
de la palabra te falta? ¿Qué placer  
del espíritu?

12

“Salve, Ausonia. Salve tú  
también, Albión”, fue el saludo  
de la gloriosa ciudad de París;  
la hermosa y solitaria  
Zante manda en mí.

13

Los bosques de Zante  
y las sombrías montañas  
escucharon sonar un día  
los divinos arcos de plata  
de Artemisa.

14

Y, hoy, los pastores  
veneran los árboles  
y las frescas fuentes.  
Por allí vagan todavía  
las Nereidas.

15

La ola jonia fue la primera  
en besar el cuerpo de Cyterea\*.  
Los céfiros jonios fueron  
los primeros en acariciar  
su pecho.

16

Y, cuando el cielo enciende  
el astro vespertino  
y las maderas marinas  
navegan, llenas de amor  
y ecos musicales,

17

la misma ola besa, los mismos  
céfiros acarician el cuerpo  
y el pecho de las hermosas  
hijas de Zante,  
flor de la virginidad.

18

Tu aire exhala aromas,  
oh queridísima patria mía,  
y enriquece el mar  
con el perfume  
de los dorados limones.

19

El rey de los Inmortales  
te regaló raíces  
portadoras de uvas,  
ligeras, purísimas,  
diáfanas nubes.

---

\* Epíteto de Afrodita basado en la leyenda de su nacimiento en la isla de Citera.



20

Llueve la lámpara eterna,  
durante el día, en tus frutos  
y las lágrimas de la noche  
se te convierten  
en lirios.

21

Si la nieve caía, alguna vez,  
sobre tu rostro,  
no perduraba. Jamás marchitó  
tus esmeraldas la cálida  
constelación del Can.

22

Eres afortunada. Incluso  
puedo llamarte afortunadísima,  
porque nunca conociste  
el duro látigo de enemigos  
y de tiranos.

23

¡Que mi destino no me conceda  
una tumba en tierras extrañas!  
Sólo es dulce la muerte  
cuando nos quedamos dormidos  
en la patria.



Oda segunda [II]

**A LA GLORIA**

1

Se equivocaba quien llamó  
vana a la gloria,  
y al hombre enloquecido  
que quemó mirto ante esa  
divinidad.

2

Ella concede alas  
y, entonces, los pies del hombre  
vuelan por el riguroso  
y difícil camino  
de la Virtud.

3

Un alma pequeña, abominable,  
un abominable corazón  
posee quien escucha  
la llamada de la gloria  
y se acobarda.

4

Jamás ese hombre, jamás,  
regó con lágrimas  
la tumba de sus amigos,  
ni besó la tierra  
de sus allegados.

5

En el profundo océano  
enfurecido,  
donde sopla con violencia  
y se irrita el espíritu  
de la amarga fortuna,

6

contempla diariamente  
a multitud de desgraciados,  
de mortales ahogándose,  
pero ¿quién lo escuchó  
quejarse alguna vez?

7

Un cálido deseo  
de gloria sembraste  
en el corazón de tus hijos,  
oh Grecia, y te llamas  
madre de héroes.

8

Como el león, al salir  
de la cueva, hiere,  
mata, disemina  
a una multitud de osados,  
cazadores árabes;

9

como rueda en el invierno  
el agua orgullosa  
del torrente  
y se pierden campos,  
pastores y animales;

10

o como, al alba,  
se extiende Helios  
y se extinguen por completo  
los astros innumerables  
del inmenso Olimpo,

11

así derramó el Araxes\*  
miles de batallones.  
Pero tú, oh Escudo de Grecia,  
resplandeciste contra los Persas  
y los convertiste en polvo.

12

Almas ilustres  
de trescientos lacedemonios,  
almas que glorificasteis  
al río Asopo y al bosque  
de Maratón,

13

el divino Homero  
regocijaba con su verso  
inmortal a las viudas aqueas  
y su misma melodía inflamaba  
vuestro espíritu.

14

Celos sentíais de la fama  
del aguerrido eácida  
(inmemorial, admirable celo)  
y derramasteis vuestra sangre  
por Grecia.

---

\* Río que recorre Armenia e Irán.

15

Yo también, yo también  
busco la espada. ¿Quién  
me presta los truenos de la guerra?  
¿Quién me conduce hoy  
a la batalla?

16

Otomano, temible y odiosa  
criatura de la cruel Asia,  
¿a qué esperas?  
¿Qué piensas? ¿Por qué no huyes  
de tu muerte?

17

Ha llegado el momento. Vete.  
Monta en tu feroz  
yegua árabe.  
Supera en velocidad  
a los vientos.

18

El laurel, árbol sagrado,  
germinó en el Himeto  
y adorna  
los restos ruinosos  
del Partenón.

19

Jóvenes, mujeres, ancianos,  
fieras griegas,  
besan, cortan las ramas,  
coronan  
sus cabezas.

20

Monta, otomano,  
en tu yegua árabe.  
Precipítate a la huida.  
Las fieras griegas  
te persiguen.

21

Mira el resplandor de los musicales  
instrumentos belicosos.  
Escucha el clamor  
de los que respiran muerte  
o libertad.

22

¿Los sientes? Corred, venga,  
hijos de los griegos.  
Ha llegado el momento de la gloria.  
Imitemos a nuestros ilustres  
antepasados.

23

Si la gloria afila  
la espada, se convierte en rayo.  
Si la gloria caldea  
el alma de los griegos,  
¿quién la vencerá?

24

¿Por qué tiemblas? Golpea  
a tu yegua, otomano, espoléala,  
huye. Fieras  
con aliento marcial y de gloria,  
te persiguen.

Oh gloria, por tu amor,  
los pueblos se vuelven dignos  
de la patria, del honor,  
de la dulce libertad  
y de los himnos.



Oda tercera [III]

**A LA MUERTE**

1

¿Cómo he llegado a este  
antiquísimo edificio, a este templo  
de los primeros cristianos?  
¿Por qué estoy  
de rodillas?

2

Las grandes alas  
de la noche profunda,  
sombrias, tranquilas,  
heladas, cubren  
el mundo habitado.

3

Guarda, aquí, silencio.  
Descansan las reliquias de los santos.  
Guarda, aquí, silencio. No turbes  
el sagrado reposo  
de los muertos.

4

Escucho el ímpetu  
del viento enloquecido.  
Golpea con violencia. Se abren  
las rajadas ventanas  
del templo.

5

Desde el cielo,  
en donde navegan  
nubes de negras alas,  
la luna arroja  
su plata fría

6

e ilumina un mármol  
silencioso, helado y blanco.  
La tumba contiene  
un incensario apagado,  
velas apagadas y ofrendas mortuorias.

7

¡Oh, Todopoderosísimo!  
¿Qué ocurre? ¿Qué me pasa?  
Los cabellos se erizan  
en mi cabeza... ¡Me falta  
el aliento!

8

He aquí que la losa se mueve...  
He aquí que, por las grietas  
de la tumba, sale  
una fina exhalación  
que se queda ante mí.

9

Se hace densa. Adquiere  
forma humana.  
¿Qué eres, dime, una criatura,  
un fantasma de mi mente  
perturbada?

10

¿Eres un hombre vivo  
que habitas las tumbas?  
¿Sonríes? Dime si has dejado  
el Hades o si te tuvo  
el Paraíso?

11

No me preguntes. No escudriñes  
el misterio inexpresable  
de la muerte. Estás viendo,  
ante ti, los pechos, los pechos  
que te amamantaron.

12

Oh hijo mío, oh hijo mío,  
mi querida entraña,  
nuestro destino es diferente  
y en vano intentas  
abrazarme.

13

Deja de llorar. Tranquiliza  
el dolor de tu corazón.  
Si la alegría inesperada  
de verme humedece  
tus ojos,

14

sonríe, alégrate, amigo mío.  
Pero, si te domina ahora  
la amargura,  
porque el Sol abandoné,  
consuélate.

15

¿Por qué lloras? Desconoces  
la situación de mi alma.  
En esta tumba,  
mi cuerpo descansa  
de las fatigas.

16

Sí, la vida es un esfuerzo  
insoportable. Las esperanzas,  
los miedos, las alegrías  
y la miel del mundo  
os atormentan.

17

Aquí, nosotros, los muertos,  
gozamos de una paz eterna,  
sin miedos,  
sin penas, y tenemos un sueño  
sin ensoñaciones.

18

Vosotros, acobardados, palidecéis  
cuando alguien musita  
el nombre de la muerte.  
Pero la muerte es ineludible,  
ineludible.

19

Sólo hay un camino  
y conduce a la tumba.  
Por ese camino, sin combate,  
la necesidad empuja a los vivos  
con sus manos.

20

Hijo mío, me viste respirar.  
El Sol, en sus movimientos circulares,  
como una araña, me envolvía  
con la luz y con la muerte  
incesantemente.

21

El espíritu que me animaba  
era un soplo de Dios  
y subió hasta Dios.  
Mi cuerpo era tierra y cayó,  
aquí, en la fosa.

22

Pero se está desvaneciendo  
el brillo de la luna. Te dejo.  
Volveré a verte,  
sólo, cuando te falte  
la vida.

23

Ve con mi bendición.  
No tengo más que decirte.  
Lo demás se hará evidente  
en tu conciencia  
más tarde... adiós...

24

Hijo mío, adiós... ¡Espera!  
No abandones a tu apenado  
hijo. Se desvaneció.  
Y se quedan mis ojos  
en una oscuridad profunda.

25

¡Oh voz, oh madre,  
oh firme consuelo  
de mis primeros años!  
¡Ojos que me regasteis  
con dulces lágrimas!

26

Y tú, boca que besé  
tantas veces con tan cálido  
amor,  
¡qué abismo infinito  
nos separa!

27

Ay, por más infinito,  
por más temible que sea,  
en él, imperturbable,  
me destrozaré  
buscándote.

28

Ahora, ahora mis labios  
pueden besar  
las rodillas de la muerte.  
Ahora puedo coronar  
su cráneo.

29

¿Dónde están las rosas? Traed  
coronas inmarcesibles.  
Dadme la lira. Cantad.  
La temible enemiga  
se ha convertido en amigo.

30

Quien abrazó la frente  
de tiernas mujeres  
¿cómo puede  
sentir miedo en su corazón  
varonil?

31

¿Qué hombre está  
en peligro? Ahora, cuando miro  
con valor a la muerte,  
sostengo el ancla  
de la salvación.

32

Ahora, extendiendo  
mi mano derecha  
y aprieto la deshonrosa  
trenza de los pérfidos  
tiranos.

33

Pisoteo los cetros  
que hacen derramar sangre  
y lágrimas. Y quemo  
la pesada vara  
de la superstición.

34

Sobre al altar  
de la verdad, coloco  
ahora las reses del sacrificio.  
Amontono incienso a manos llenas,  
a manos llenas.

Como el águila vuela  
de una montaña a otra,  
así subo, yo también,  
los difíciles precipicios  
de la virtud.



Oda cuarta [IV]  
**AL BATALLÓN SAGRADO**

1

Que nunca llueva  
la nube. Que el viento  
montaraz no esparza  
la dichosa tierra  
que os cubre.

2

Que la muchacha de túnica rosa  
la refresque siempre\*  
con sus lágrimas de plata.  
Que germinen, allí,  
flores eternas.

3

¡Oh nobles hijos  
de Grecia! ¡Almas que caísteis  
valientemente en combate,  
legión de héroes selectos,  
nuevo motivo de orgullo!

4

La Fortuna os arrebató  
el laurel de la victoria  
y os tejió con el mirto  
y con el fúnebre ciprés  
otra corona.

---

\* Se refiere a la aurora, a Eos.

5

Sin embargo, para quien muere  
por la patria, el mirto  
resulta inestimable  
y buenas, las ramas  
del ciprés.

6

Si, en los ojos del primer  
hombre, la previsor  
naturaleza vertió el miedo,  
las doradas esperanzas  
y el día,

7

en el inmenso rostro  
de la tierra, de abundantes plantas,  
la mirada celestial hizo aparecer  
de inmediato mil tumbas  
profundamente excavadas.

8

Muchas son oscuras,  
pero en algunas brilla  
el astro de la inmortalidad.  
La divinidad concede  
la libre elección.

9

Griegos, hombres dignos  
de la patria y de los antepasados,  
vosotros, griegos, ¿por qué  
va a elegir  
una tumba innoble?

10

Llega el viejo resentido\*,  
el enemigo de los acontecimientos  
y de todos los recuerdos.  
Recorre el mar  
y la tierra entera.

11

Vierte de su cantar  
las corrientes del olvido  
y todo lo borra.  
Desaparecen las ciudades, desaparecen  
los reinos y los pueblos.

12

Sin embargo, cuando el Tiempo  
se acerque a vuestra tumba,  
cambiará su camino  
por respeto a vuestra admirable  
tierra.

13

Allí, cuando le entreguemos  
la antigua púrpura y el cetro  
de Grecia, todas  
las madres le llevarán  
a sus hijos.

14

Y, entre lágrimas,  
besarán el polvo sagrado  
diciendo: "Hijos, imitad  
al glorioso batallón,  
al batallón de los Héroe"

---

\* Referencia a la Muerte.



Oda quinta [V]  
**A LAS MUSAS**

1

Cambiemos las cuerdas,  
oh dorado regalo, inmensa  
alegría del hijo de Latona.  
Cambiemos las cuerdas  
de la lira jonia.

2

Gracias  
de pies de céfiro, traed otros hilos  
y, vosotras, en la madera  
dulce como la miel, poned una corona  
de jacintos.

3

El verso extiende sus alas,  
como el ave de Zeus,  
y asciende  
hasta el jardín celestial  
de las Piérides.

4

Salve, muchachas, salve,  
voces que enriquecéis  
los banquetes de los Olímpicos  
con las delicias de la danza  
y la melodía acompañada.

5

Cuando vosotras tocáis  
los nervios etéreos del laúd,  
las fieras y los bosques  
desaparecen del rostro  
de la vasta tierra.

6

En donde tiemblan las infinitas  
luces de la noche,  
allí arriba, se ensancha  
la galaxia y derrama  
gotas de rocío.

7

El líquido purísimo  
nutre las hojas  
y, donde el Sol dejó hierba,  
germinan rosas  
y aromas.

8

Así tiembla la lira del Helicón  
bajo vuestros dedos  
y las flores inmarcesibles  
de la virtud inundan  
los corazones.

9

No padres, sino tiranos.  
No hombres ni hijos,  
sino cobardes e insensibles  
manadas intentan recorrer  
el ciclo de la vida.

10

No manos portadoras de rayos,  
sólo espaldas que soportan  
las heridas, si silenciase  
la doble cima del Parnaso  
su entraña melodiosa.

11

Impartid por siempre,  
vírgenes divinas, la justicia.  
Conceded por siempre  
a los hombres sentimientos  
elevados.

12

Espumean los vasos  
de la injusticia. Innumerables  
opresores sedientos  
los beben y se llenan  
de embriaguez y muerte.

13

Ahora sí, brillad ahora,  
oh Musas, coged ahora  
el rayo alado,  
golpead en el blanco  
con mano certera.

14

Guardad los himnos  
para los justos. Conceded,  
sólo a ellos,  
la paz y las doradas  
coronas.

15

Existieron un día las nueve  
voces olímpicas,  
allí, donde bailan  
las niñas del día  
portadoras de antorchas.

16

Los círculos de los cielos  
sólo escuchaban la oda  
armoniosa inspirada por Dios  
y la calma ocupaba el aire  
inmóvil.

17

Sin embargo, cuando  
la sonrisa del dios de los amores  
cubrió el monte Citerón  
con el tomillo y con las cepas  
llenas de uvas,

18

al descender allí el adorable  
ritmo, se desvaneció la mirada  
de los dragones autóctonos,  
como en el alba se desvanece  
el sueño.

19

Sagrada cabeza  
del divino anciano\*,  
dichosa voz que encomiaste  
a los magníficos hijos  
de la ilustre Acaya.

---

\* Referencia a Homero.



20

Tú, admirable Homero,  
sorprendiste a las Musas  
y las muchachas de Zeus  
depositaron en tus labios  
la miel primera.

21

En honor de los dioses  
plantaste el laurel.  
Muchos siglos contemplaron  
la planta florida  
en todo su vigor.

22

¿Por qué no habéis guardado  
eternamente las colmenas  
en el divino tronco?  
¿Por qué, oh abejas inmortales,  
lo habéis abandonado?

23

Cuando el estruendo  
de las herraduras árabes  
llegó a la desgraciada  
Grecia desde los confines  
del Mar Rojo,

24

allí, a las aguas  
en donde las Horas lavan  
los crines de los caballos de Febo,  
os marchasteis entonces,  
justamente, oh Piérides.

25

Y, ahora, ponéis fin  
al largo destierro.  
Pero ha vuelto el tiempo de la alegría  
y brilla libre, ahora,  
el monte délfico.

26

Fluye, purísima, la plata  
de Hipocrene\*. Grecia  
no está llamando hoy  
a las extranjeras,  
sino a sus propias hijas.

27

Os oigo llegar, oh Musas,  
y vuela contenta,  
vuela mi alma. Escucho  
los preludios de las liras.  
Escucho los himnos.

---

\* Fuente del Helicón dedicada a Apolo y a las Musas.

Oda sexta [VI]

A Quíos

1

Como cuando el apenado  
caramillo cuelga  
de la boca de los mortales  
y su voz sale temblando  
con esfuerzo;

2

como dentro de los bosques  
de innumerables árboles suena  
al atardecer el triste soplo  
del viento del sur y parece  
un lamento de los hombres;

3

así traen las Oceánidas,  
a la desolada  
playa de la isla,  
las olas  
y sus quejas.

4

Tú ya no riegas  
los lácteos miembros  
de las vírgenes de Quíos,  
oh brillante corriente  
sagrada del Egeo.

5

Entonces, cuando refrescabas  
a la tarde y al alba los pechos  
no besados, triunfo  
de las Gracias, desdeñabas  
las rosas matinales.

6

Ahora, a nadie tienes. Ahora,  
la belleza de las vírgenes  
de divino aspecto  
sirve, mancillan,  
los tálamos bárbaros.

7

Allí, donde la fiesta  
de las Musas de Grecia  
encendía las hogueras  
y sonaba el metro sin dolor  
de los pies,

8

escucho tambores  
insultantes, orgullosos. Y veo  
la enseña nabatea\*, manchada  
de sangre, ondeando  
en las torres.

9

El humo enturbia  
la dimensión azul de los aires.  
Así se ahoga la nueva  
profanación en la niebla  
de la muerte.

---

\* Se refiere a los turcos.

10

¡Cuántos templos  
recibían las aladas plegarias  
y los dones de la fe!  
¡Cuántos brotes de sabiduría!  
¡Cuántas esperanzas!

11

Ay, ahora, cuántos lechos,  
que respiran amor, devora  
la llama de los bárbaros,  
odioso holocausto  
de un tirano.

12

Terribles hijas  
de la gimiente noche  
y del profundo Hades,  
a vosotras os invoco, a vosotras,  
Erinias.

13

¿Por qué habitáis intempestivamente  
los reinos oscuros  
del sueño? ¿Por qué  
tardáis en romper las cadenas  
de los sueños?

14

Corred. Traed aquí,  
aquí, el ruido de las grandes  
alas. Mirad,  
os enseño el duro y cobarde  
corazón del tirano.

15

Agitación en él las antorchas.  
Arrojadle  
una lluvia de fuego,  
Erinias, y lanzadle  
mil víboras.

16

El infame, el cuchillo...  
siento escalofrío... tiemblan  
mis dedos... una  
tras otra, he destrozado  
todas las cuerdas.

17

¡Oh cuellos de nuestros niños  
inocentes! ¡Oh respetables  
costados de las madres!  
¡Oh cabellos de los ancianos manchados  
miserablemente de sangre!

18

¿Buscáis venganza?  
Vuestra voz fue escuchada.  
Jamás, en la tierra, los inmortales  
dejan sin castigo  
a los malechores.

19

Si escapan a la mortífera  
guadaña, encontrarán  
veneno en los labios  
del himeneo y ponzoña  
en los vasos.

20

Las palmeras de Ilítia\*  
se secan  
Pesa sobre sus corazones  
la oscuridad de la noche  
como la losa de una tumba.

21

El Sol, para ellos, no llueve  
luz ni alegría,  
sino espinas ardientes,  
y la tierra, arajada, les ofrece  
fuentes de sangre.

22

¿A dónde me ha llevado mi dolor?  
¿Qué estoy diciendo? ... El único  
y verdadero castigo,  
terrible, que tendrán  
los desgraciados,

23

será la carencia de la dulce  
tranquilidad de los justos.  
Que la guerra asole  
a Grecia antes que le sobrevenga  
el destino de Quíos.

24

Pero, si imita  
la crueldad, la ignominiosa cólera  
de sus enemigos,  
que tenga, que tenga  
el odio de todo el mundo.

---

\* Hija de Zeus y Hera que preside los partos.

¿Qué he dicho?... Dispersad,  
vientos, estas palabras  
difamatorias. ¡Oh padre  
de los hombres y de los ángeles,  
ayuda, tú, a Grecia!



Oda séptima [VII]

**A PARGA**

1

Oh lira, concédeme  
un tono serio y elevado. Toma  
el relámpago. Adopta un elevado  
pensamiento, porque cantamos  
una obra gloriosa.

2

Los inmortales concedieron  
a los hombres regalos  
distinguidos e inestimables:  
amor, virtud,  
un pecho misericorde.

3

Pero también el plumaje de la razón.  
Como cuando el azar  
lleva de costado el ímpetu  
del carro hacia los precipicios  
de la vida,

4

nosotros, como el águila  
inmensa deja en las nubes  
sus estruendos y en los profundos  
valles espumas  
y rocas,

5

sobrevolando de la misma forma,  
miramos hacia atrás  
la larga cólera de las ruedas  
arrastradas por ciegas  
bridas.

6

Tales regalos se glorifican  
como ilustres,  
pero es más ilustre  
el espíritu que evita  
la esclavitud.

7

Parga, de alta  
quilla, observa  
los espesos olivares  
ondulantes. Y Ares  
la ama con locura.

8

Pero apenas cesaba  
el granizo de la guerra,  
tú, Deméter, le regalabas  
abundante oro,  
deseo de los Céfiros.

9

Las colmenas de Parga  
dejaban salir innumerables  
abejas que volaban,  
zumbando, al numeroso fruto  
de Baco.

10

Era bueno y dulce el aire  
que bebíamos al principio,  
y la tierra que alimenta  
quedaba regada  
con nuestro sudor.

11

Sin embargo, ¿para quién  
beben el aire los esclavos?  
Sin embargo, ¿para quién  
hunden el arado y se lamentan  
de tanto esfuerzo?

12

El alma varonil rechaza  
un bajo parecer.  
El sentir fluye  
de la boca, con olor a ambrosía,  
de los inmortales.

13

El verso recorre  
en los simposios de la mayoría.  
Un sonido de corta duración  
no turbó el silencio  
de la esclavitud.

14

Sólo vosotros que podabais  
los olivos de Parga,  
sólo vosotros os alimentasteis  
de la imbebible palabra inmortal,  
vosotros, oh valientes.

15

Abandonando los campos  
de costumbre, dejasteis  
el yugo y preferisteis  
el amargo destierro  
y la indigencia.

16

Pero ha amanecido  
el día del regreso.  
Los celestiales protegen  
siempre a los pueblos  
nobles.

17

Allí, donde quemasteis,  
(¡piedad griegal!),  
los restos de los antepasados,  
allí os volverán a llevar  
vuestras manos previsoras.

Oda octava [VIII]  
**A LOS AGARENOS**

1

Únicamente un Dios  
resplandece en el altísimo  
trono y vigila  
las eternas e infinitas obras  
de sus manos.

2

Todas las naciones  
cuelgan de sus pies,  
como cuelga la aérea lluvia  
mientras duermen los vientos  
del mundo habitado.

3

Pero su voz se escucha,  
voz de justicia,  
y las almas de los malvados  
como gotas de sangre  
caen en el Hades.

4

Los espíritus de los santos  
son como niebla plateada  
que sube a las alturas  
y se diluye en ríos  
de luz y gloria.

5

Sólo veo a Helios  
detenido en el aire.  
Gobierna, con una ley justa,  
los cielos que bailan  
a su alrededor.

6

Aparece en el horizonte,  
como idea de la alegría,  
e ilumina la tierra  
y las obras de los dolientes  
mortales.

7

Sin embargo, he aquí que ha dejado  
su cetro y se ha puesto,  
porque el pecho humano  
tiene necesidad de descanso,  
necesidad de sueño.

8

¿Quién se pareció jamás a Dios?  
¿Quién, a Helios?  
¿Por qué diez mil tiranos  
exigen altares, reverencias de incienso  
e himnos?

9

¡Altísimos, ellos! Más ilustres  
que los demás. ¡Ellos solos!  
Sólo son altísimos e ilustres  
los justos y los benefactores  
de los hombres.

10

¡Jueces como dioses! ¿Cuándo  
no han perseguido miserablemente,  
cuándo, a la virtud? ¿Cuándo  
han conocido la misericordia  
y la justicia?

11

Con pies arrogantes  
y desdeñosos,  
¿no pisotean la dorada  
balanza, destrozada ahora,  
de la recta ley?

12

Portan la guadaña  
insaciable. Cosechan  
todas las espigas  
que nuestro sudor hizo madurar  
para nuestros hijos.

13

Corre sobre la olas  
del temible mar,  
arriégate, suspira,  
bebe la amarga copa  
del destierro.

14

Por el alimento que conseguiste  
con esfuerzos inexpresables,  
he aquí que, en las playas,  
se abre la boca glotona  
de los tiranos.

15

¿Para qué abrazáis el perfumado  
almohadón de la boda?  
¿Por qué besáis la frente  
sagrada de vuestros padres  
con tanto amor?

16

Os están llamando las trompetas  
y los timbales: Levantad  
injustas e imprudentes guerras,  
masacrad a pueblos  
inocentes.

17

Los tiranos os exigen  
no sólo vuestro sudor,  
sino también vuestra sangre.  
Quizás tengan suficiente con los ríos  
que habéis derramado.

18

Insaciables, desean  
vuestro aliento. ¡Ay,  
si un día vuestras almas  
suspirasen sobre los cadáveres  
de los tiranos!

19

¡Ay, ay  
del día en que Dios envíe  
un rayo de verdad  
y vivifique con él vuestro  
pecho!



20

Si alguien sigue  
la advertencia divina,  
que espere entonces la boca  
del cuchillo, los tormentos y los llantos  
de la cárcel.

21

Y, si sois así, ¿me voy  
a arrodillar ante vosotros?  
¡Que la tierra se abra!  
¡Que el rayo del cielo me lance  
al abismo!

22

¡Antes, de deshonraros  
rodillas mías! Mi mirada  
es imperturbable  
cuando la pongo en el rostro  
de un tirano.

23

¡Vosotros sois resplandecientes  
como Helios! Sí, veo llamas  
en verdad de diademas,  
pero sólo iluminan nuestras  
desgracias.



Oda novena [IX]

**A LA LIBERTAD**

1

Desgraciadas criaturas  
de la más desgraciada  
naturaleza, cuando terminamos  
un canto de dolor, volvemos  
a empezar otro.

2

Hemos sido condenados,  
infelices, exhaustos,  
a perseguir siempre  
la felicidad, sin llegar  
a encontrarla.

3

Quizás (si no alimento  
una vana esperanza) exista  
tras mi muerte  
una vida más dulce  
que me esté esperando.

4

Sin embargo, ¿por qué sembró  
por doquier, en el mundo habitado,  
la alegría y la tristeza  
la justa mano del padre  
celestial?

5

¿Por qué, en este lugar de la esfera  
gaseosa al que me arrojó,  
no encuentro una sola fuente de agua  
cantarina que me dé  
su consuelo?

6

¡Una fuente! ¿No estoy viendo  
las admirables y eternas  
aguas de la Virtud? Se vierten  
como un río a mi alrededor  
y cubren la tierra.

7

¡Oh mortales, saciad la sed!  
Si bebéis de la divina  
corriente, entonces  
que el dolor humedezca con lágrimas  
vuestra mesa y vuestro lecho.

8

Que venga entonces,  
que venga a rodearos  
con densas nubes  
oscuras y estruendosas  
la desgracia.

9

Una fuerza celestial  
concede a vuestras almas  
ligeras alas y levanta,  
brillante, vuestra frente  
sobre la noche.

10

Desde las mansiones del Olimpo  
fresco descende el soplo  
de alegría de olivo  
y seca vuestras lágrimas  
y vuestro sudor.

11

Por donde pisáis  
crecen los frutos  
y las flores esparcen  
las dichosas olas  
del perfume.

12

Las Gracias de la Amistad  
y del Himeneo trenzan  
ricas coronas de danzas.  
Tienen por altar vuestro trono  
y lo glorifican.

13

Si realizáis justos  
combates, obtendréis una tumba,  
una honrosa tumba,  
o los cantos y las ramas  
del triunfo.

14

La Riqueza os concederá  
peplos dorados y aromas,  
y la Sabiduría, su dulce beso,  
cuando la paz esté  
con vosotros.

¡Oh Virtud, inestimable  
diosa, tú, que amabas  
al Citerón, no abandones  
hoy a esta tierra,  
a mi patria!

Oda décima [X]

**EL OCÉANO**

1

Tierra cuidada por los dioses,  
Grecia, madre de héroes,  
querida, dulce patria mía,  
noche de esclavitud te ha cubierto,  
noche de siglos.

2

Así, en el caos inmesurable  
de los cielos solitarios,  
extendió el Erebo  
nocturno los anchos crespones  
del luto.

3

Y, en la profunda oscuridad,  
en el espacio infinito,  
las luces silenciosas  
de los astros se mueven  
entristecidas.

4

Desaparecieron las ciudades.  
Quedaron asolados los bosques  
y duerme el mar.  
Y las montañas. Cesa  
el ruido de los seres vivos.

5

Toda la naturaleza se parece  
a los terribles reinos  
de la muerte. De allí  
jamás nos llega un sonido  
de himnos o lamentos.

6

Pero, he aquí que las Horas  
abren las cancelas matinales  
de los felices establos.  
He aquí que salen los infatigables  
caballos de Helios.

7

Sus émulas herraduras,  
doradas, ardientes, queman  
los caminos del aire.  
Sus brillantes crines iluminan  
los cielos.

8

Ahora, el alba pone al descubierto  
las flores en el seno delicado  
de la tierra. Y aparecen  
ahora las obras de los laboriosos  
hombres.

9

Los labios perfumados  
del día besan  
la frente reposada  
de todo el orbe. Se van  
los ensueños, la oscuridad,



10

el sueño y el silencio. Y, de nuevo,  
los rebaños y las liras,  
con su alboroto, inundan  
los campos, el mar, los aires  
y las ciudades.

11

He aquí que el gran león  
sale a la boca de la cueva  
y sacude su temible  
cuello, con su melena,  
mientras ruge.

12

El águila abandona  
los altos precipicios.  
Sus alas golpean  
las nubes y sus chasquidos  
hienden el Olimpo.

13

Una noche de muchos siglos  
entristeció a Grecia.  
Una noche de larga esclavitud,  
vergüenza de los hombres o voluntad  
de los Inmortales.

14

La tierra, entonces, parecía  
un templo en ruinas,  
en el que los salmos callaban  
y dormían las hojas inmóviles  
de la hiedra.

15

Como si, en el infinito  
mar de los sueños,  
pasasen algunas almas  
desesperadas de los muertos,  
lentamente,

16

así, desde los árboles  
del Atos hasta las rocas  
de Citera, moviendo  
con lentitud su carro,  
por la calle del cielo,

17

la triforme Hécate  
contempla los barcos,  
que reman sin gloria por los golfos  
del Egeo, huyendo  
diseminados.

18

Tú, entonces, oh brillantísima  
hija de Zeus, único  
consuelo del mundo,  
te has acordado de mi tierra,  
oh Libertad.

19

Llegó la diosa. Descendió  
hasta las playas famosas  
de Quíos. De pie, extendió  
sus manos y, llorando,  
dice lo siguiente:

20

“Océano, padre  
de los coros inmortales,  
escucha mi voz  
y cumple el inmenso deseo  
de mi alma.

21

Yo tenía un glorioso trono  
en Grecia. Hace mucho tiempo  
que lo poseen los tiranos.  
Tú, hoy, ayúdame.  
Devuélveme el trono.

22

Cuando me voy de los insensatos  
mortales, me reciben  
tus brazos paternales.  
Toda mi esperanza se fundamenta  
en tu amor”.

23

Dijo. E, inmediatamente,  
sobre las corrientes del Océano  
se derramó el prodigioso resplandor  
iluminando las húmedas  
y divinas espaldas.

24

Las olas resplandecen  
como los cielos y, sin nubes,  
se ilumina el Sol sereno  
mostrando las innumerables islas  
del Egeo.

25

¡Atiende ahora! Como un viento  
impetuoso en los bosques  
se levanta el grito de guerra.  
¡Escucha los “Venga, venga”  
de los barcos!

26

Abierto por mil  
proas arroja espumas el mar.  
Las anclas aladas  
se extienden libres  
por el aire.

27

Así vuela por el lago  
la multitud matutina  
de las abejas,  
cuando sopla el dulce  
aliento de la primavera.

28

Así pasean por la arena  
los leones  
en busca del rebaño,  
cuando sienten el calor  
de sus garras.

29

Así, si las águilas escuchan  
la fuerza de las alas,  
desdeñan con orgullo  
el violento golpe  
de los rayos.

30

Vástagos amados  
del Océano, valientes,  
verdaderos hijos de Grecia  
y abanderados  
de la Libertad,

31

salve a vosotros, orgullo  
de los admirables (Spetses,  
Hidra, Psará) escollos,  
en donde no ancló jamás  
el miedo al peligro.

32

¡Buen viaje! Lanzaos,  
valientes, contra las naves  
reunidas. Diseminad  
la escuadra. Quemad la escuadra  
de los bárbaros.

33

Desdeñad la cobarde  
multitud de vuestros enemigos.  
El triunfo corona siempre la cabellera  
de quienes se arriesgan  
por la patria.

34

¡Oh mano celestial!  
Te veo gobernando  
temibles timones.  
He aquí que incluso vuelan  
las proas de los héroes.

35

He aquí que combaten,  
que destrozan las torres marinas  
de infinitos enemigos: barcos,  
marineros, velas, mástiles,  
devorados por las llamas.

36

Y el mar engulle  
sus restos. ¡Oh lira,  
canta la victoria! Si los héroes  
son gloriosos, la divinidad  
ama los himnos.

37

Soberbio otomano,  
¿dónde estás? Reúne y  
trae, necio, una nueva escuadra,  
Los griegos quieren alcanzar  
nuevos laureles.

Oda undécima [XI]  
**LA MUSA BRITÁNICA**

1

Cuando las olas de Poseidón  
alejan al altivo marinero  
de su isla paterna,  
antes de llegar  
la noche,

2

con el alma dolorida,  
de pie, en la popa, mira  
sobre el mar la extendida  
calma y la oscuridad  
vespertina,

3

mira las queridísimas  
montañas y los campos  
de su dulce patria,  
dorados aún  
por el Sol...

4

Pero el último rayo de luz  
del brillante rey de los aires  
se ha hundido ya en las aguas  
profundas y sombrías  
del ocaso.

5

Y he aquí que cambia,  
que ennegrece la espalda de la isla,  
como el rostro de una joven  
virgen huérfana, bajo la húmeda nube  
de la desdicha.

6

Si el marinero levanta  
entonces sus dolientes ojos,  
ve sobre su tierra,  
en su cénit y temblando,  
al astro primero.

7

Así, cuando el hombre pierde  
la luz y queda cubierto  
por la dichosa oscuridad,  
vemos amanecer sobre él al astro  
de la esperanza.

8

¡Oh Byron! ¡Oh espíritu  
magnífico de las islas británicas,  
hijo de las Musas y amigo  
desdichado de Grecia, la de hermosa  
corona.

9

Las rosas de Higeia\*,  
trenzadas con las hojas  
del místico Helicón, adornaban ayer  
espléndidamente  
tu cabeza.

---

\* Diosa de la salud considerada generalmente hija de Asclepio.



10

Ayer, el Sol atravesaba  
su camino celeste y, al derramar  
sus más brillantes rayos,  
hacía resplandecer tu frente  
como la de un inmortal.

11

Hoy yaces, como yace  
arrancado por el violento soplo  
de los duros vientos  
el fértil olivo de numerosas ramas.

12

Hoy yaces, oh Byron.  
¿Dónde tus inspirados versos?  
¿Dónde están ahora  
tus palabras aladas y medidas,  
oh cisne de la fuente Castalia?

13

¡Alientos del Paraíso,  
soplad milagrosamente!  
¡Levanta, Byron, y expulsa  
de ti ese sueño prematuro  
y fatal!

14

He aquí que las poderosas  
naciones de Europa, cultivadora  
de las Musas, esperan aún,  
desean aún escuchar  
tu voz.

15

He aquí que Grecia te ha honrado  
no con la dorada diadema  
que incendia las sienes  
de los ociosos monarcas  
o de los tiranos,

16

sino con otra corona,  
con un glorioso e inestimable traje,  
digno del pensamiento justo,  
digno de un hombre valiente  
y amante de la libertad.

17

Una corona de ramas eternas  
e inmarcesibles, que brillan  
no para los poetas que hacen  
resonar la cuerda solitaria  
de la adulación,

18

sino para ti, audaz  
sirviente de las vírgenes  
del Helicón. Las Musas  
besan tu mano inmaculada  
y tu elevado espíritu.

19

Grecia, reconociéndote  
como un amigo magnánimo,  
quiere coronarte  
como su consuelo,  
su benefactor.

20

Levántate, Byron... amigo,  
levántate... Acepta, gran hombre,  
acepta el regalo, canta  
los triunfos de la Cruz  
y de Grecia.

21

¡Ah! Las esperanzas de los mortales  
se diluyen como los ligeros sueños  
de un niño. Se desvanecen  
como un fino proyectil en el fondo  
infinito del mar.

22

Byron yace como un lirio  
bajo la pesada cubierta  
de la infeliz noche. ¡Oh pena,  
el eterno destino de la muerte  
lo ha cubierto!

23

Como hombre, lloro al hombre  
por la ley de la naturaleza.  
No se vierten en vano  
las lágrimas sobre la tumba  
de los hombres de honor.

24

Porque, aunque caiga  
el cuerpo marcesible, el espíritu  
inmaterial y la fama de los buenos  
vencerán, como la verdad,  
el futuro perdurable.

25

Aunque, separada, brille su lira  
como meteoro sobre la piedra delfica,  
es el orgullo de los ingleses y la alegría  
de los descendientes  
de Agenor\*.

26

Nosotros, sin embargo, nos hemos  
quedado solos. El canto fúnebre cuida  
las tristezas y conduce, hacia la emulación  
de la virtud, la semilla que aspira  
a la gloria del hombre.

---

\* Padre de Europa que al ser raptada por Zeus envió en su busca a sus tres hijos.

Oda duodécima [XII]

A PSARÁ\*

1

Encantadora y dulce  
hija de Hiperión,  
oh párpados de oro,  
qué bien recibida y qué agradable  
reluces, oh día.

2

¿Qué importa si el hombre  
es esclavo o libre?  
Que viva únicamente,  
puesto que la tierra es un paraíso  
y la vida es una.

3

Venid a donde los dedos  
perfumados de Cipris\*\*  
miman las cuerdas  
y la tierna cítara fascina  
al mundo.

4

Corred vosotros, oh despreocupadas  
multitudes de pueblos. Coged,  
jóvenes y vírgenes, el ánfora  
de Baco, enorme y dulce  
como la miel.

---

\* Isla del norte del Egeo.

\*\* Epíteto de Afrodita por haber nacido en Chipre.

5

Con túnicas de Sidón,  
con sandalias de ataduras de oro,  
bailando, cantad  
la estrofa lesbia  
o el canto melio.

6

¡Basta ahora de convites!  
¡Basta de bailes y cantos!  
Si cada placer  
ama la medida, refugiémonos  
en otro regocijo.

7

Venid aquí, bajo los frescos  
cedros de infinitas hojas.  
Demos descanso a nuestros  
cuerpos y tengamos por lecho  
a las flores.

8

Un beso... otro...  
Corre, amor, extiende  
tus alas eternas,  
cubre el misterio  
de tu fiesta.

9

Como brilla Iris,  
la de veloces pies, y lentamente  
se marcha con los céfiros,  
así se nos van a nosotros los días  
sin pena alguna.

10

Desvergonzadas reflexiones  
de viles hombres.  
Himnos de locura, versos  
de las Erinias que huisteis  
de los dientes del Hades.

11

Si germinase el cetro  
de la justicia,  
si un soplo de filantropía  
alentase en el corazón  
de los reyes,

12

si la virtud y la ley en libertad  
se venerasen sinceramente  
como santas riquezas, entonces  
la tierra, cual paraíso,  
produciría rosas.

13

Pero la vida, incluso entonces,  
no sería, para el hombre  
que mira las estrellas,  
más que el preámbulo  
de la inmortalidad.

14

He aquí las perturbadas  
olas del mar. He aquí,  
he aquí las ásperas piedras  
de la irreprochable y justísima  
Psará.

15

Ahí, ninguna cítara  
corrompida, ni bacanales,  
ni alboroto de las Ménades,  
ni los juegos del Amor  
turban el pensamiento.

16

Sin embargo, como se encienden,  
en las noches estivales,  
los rápidos y frecuentes relámpagos  
olímpicos que deslumbran  
a los caminantes,

17

así las tiradas al montón  
vainas  
cubren la tierra y las rocas  
y el intrépido Ares,  
el que combate con hierro,

18

mueve la isla. Mil instrumentos  
guerreros de bronce  
resuenan. Innumerables lenguas  
de espadas brillan en el aire  
y se agitan.

19

Un clamor se levanta,  
un único deseo,  
y, como rayo de luz celestial,  
como llama en un bosque oreado,  
incendia los corazones.



20

“Es el combate sagrado  
por los padres y los hijos,  
por las mujeres,  
por la patria y por toda  
Grecia.

21

¡Luz consoladora  
del día, adiós para siempre!  
Y a vosotras, que alegráis  
con voces de dulces sueños  
a los hijos de la tierra,

22

adiós, esperanzas. Ha llegado  
la soberbia semilla de Agar.  
Ha descendido a las orillas  
de Psará entre grandes  
alaridos.

23

Oh patria, acepta  
el voluntario sacrificio”... Destellea.  
Se escucha el seísmo de la guerra.  
Bajo tumba prominente  
duermen los héroes.

24

La Libertad, de pie  
sobre inmensas ruinas,  
ofrece dos coronas:  
una de hojas de la tierra  
y otra, de estrellas.



Oda décimo tercera [XIII]

**LOS VOLCANES**

1

Verdes, aromáticas  
islas del Mar Egeo,  
dichosas tierras  
en donde habitan siempre  
la alegría y la paz.

2

¿Qué fue de vuestras admirables  
muchachas que tenían  
almas como llamas, labios  
como refrescantes rosas  
y cuellos como leche?

3

En vuestros ricos jardines,  
florece en vano  
albahaca y lirios. Solitarios,  
ni siquiera existe una mano  
que los riegue.

4

Vuestros bosques y valles,  
en los que resonaban las voces  
de los cazadores, guardan silencio.  
Allí, sólo ladran ahora perros  
sin dueños.

5

Los caballos corren,  
entre las vides,  
sin bridas, en libertad,  
y, en sus lomos, sólo se sienta  
el espíritu de los vientos.

6

A la playa descenden,  
sin miedo, desde las nubes  
celestiales,  
gritando, las gaviotas  
y los halcones.

7

Veo, grabadas en la arena,  
profundas huellas  
de niños y hombres vivos.  
Pero ¿dónde están los hombres?  
¿Dónde, los niños?

8

A mi alrededor percibo  
una visión triste y horrible.  
¿De quiénes son los cuerpos  
que navegan sobre las olas?  
¿De quiénes, las cabezas?

9

¿Por qué salís, rayos  
del Sol matutinos?  
¿Acaso al ojo de los celestiales  
le gusta ver las obras  
de los bandidos?

10

Creador del mundo,  
padre de los desgraciados  
mortales, si buscas  
la muerte de todo nuestro linaje,  
si así lo quieres,

11

mis rodillas he aquí caen,  
ante ti. Mi soberbia  
cabeza, que se erguía  
ante los reyes,  
toca la tierra.

12

He aquí que todos los piadosos  
griegos se inclinan. Ordena  
que caigan sobre nosotros  
las llamas de tu cólera,  
si tú lo quieres.

13

Eres, sin embargo, misericorde  
y te pido ayuda...  
Veo, destruida en el mar, veo  
la alada flota de los feroces  
bárbaros.

14

Mira cómo dora el Sol  
sus velas. Mira  
cómo, temblando, brilla  
el mar por el resplandor  
de las espadas.

15

Se derrama por las popas,  
llenando el aire,  
el alboroto de innumerables timbales  
y salen, desde el fragor,  
estos cantos:

16

“Nuestros cuchillos gotean  
la sangre impura de los cristianos.  
Antes de que se coagule,  
venid, venid a lavarlos  
en otra sangre nueva.

17

Vamos a calentar  
nuestras manos en las entrañas  
de cuantos ofrecen sacrificios  
a la cruz y veneran las imágenes  
de los santos.

18

Venid, venid, si el cansancio  
nos vence, encontraremos  
el descanso si nos sentamos  
sobre montones  
de cadáveres.

19

Las rosas de Grecia,  
teñidas con su sangre,  
serán el más tierno regalo  
para nuestras mujeres y una acción  
digna de los héroes”.

20

Vástagos crueles y cobardes  
de la vil Asia, una acción  
de héroes, sí, seguramente.  
¿Quién lo duda? Ése es  
vuestro trofeo.

21

Una acción de héroes es degollar  
a débiles niños.  
Una acción de héroes es ahogar  
a tiernas mujeres  
y a ancianos.

22

He aquí que otras islas  
esperan también vuestra furia.  
Y otras ciudades. Y la tierra  
firme con ruido de mar, habitada  
por pueblos inocentes.

23

A vosotros, rebaños de héroes,  
nos os bastan Quíos y Chipre.  
No os bastan los hogares  
de Kydonias\*, ni de Kasos  
y de Creta.

24

Vamos, no dejéis  
vivo a nadie. ¡Que las aguas  
del Egeo, teñidas de sangre,  
lleven sus olas llenas  
de cadáveres!

---

\* Ciudad costera del Asia Menor frente a la isla de Lesbos (actual Ayvalik).

25

¡Oh Griegos, oh almas  
divinas, que, en los grandes  
peligros, evidenciáis  
un vigor incansable  
y una naturaleza elevada!

26

¿Por qué no sale corriendo  
ahora ninguna de vosotras?  
¿Por qué no os arrojáis  
contra los barcos enemigos  
que navegan?

27

¿Por qué? ¿Por qué no arrostráis  
salvar la corona  
de la desgraciada patria  
de las manos infieles  
de tales bandidos?

28

Aunque son innumerables  
y de temible aspecto,  
un griego solo, un hombre  
valeroso, puede  
diseminarlos.

29

Quien desee el laurel  
inmortal de la gloria,  
quien llore por su pueblo,  
quien tenga mente y corazón  
para la batalla,



30

que salga. Ahí veo llegar,  
veloces, como las alas  
extendidas de las grullas,  
dos barcos muy negros  
y temibles.

31

Cesa, entretanto, el alboroto  
de los instrumentos musicales.  
Cesan las canciones agarenas  
y los arrogantes versos  
blasfemos.

32

Sólo escucho el soplo  
del viento que, al pasar  
entre los mástiles  
y rajado entre las cuerdas,  
silba violentamente.

33

Sólo escucho el mar  
que, como un río inmenso  
que golpeará en las rocas,  
zumba alrededor  
de los barcos.

34

He aquí que los gritos, el miedo,  
el estrépito y la confusión  
se levantan por doquier  
y extienden innumerables  
velas para salir huyendo.

35

El miedo estrecha,  
estrecha el mar.  
Un barco cae sobre otro  
y se quiebran. Se ahogan  
los marineros.

36

¡Oh! ¡Qué pronto se ha perdido  
de mis ojos la escuadra!  
Sólo veo ahora  
humos y llamas que llegan  
a los cielos.

37

He aquí que, del incendio  
marino, salen vencedores  
y salvos, de nuevo, los dos  
oscuros y admirables  
proas.

38

Vuelan, se alejan.  
Hundidos en la dimensión  
del aire, se vuelven invisibles.  
Al navegar, entonaban un canto  
que escuchó todo el mundo.

39

“¡Kanaris!\*”. Y las grutas  
de la tierra retumbaban: “¡Kanaris!”.  
Y los instrumentos musicales de los siglos  
cantarán quizás para siempre:  
“¡Kanaris!”.

---

\* Célebre incendiario marino en la Guerra de la Independencia de 1821.

Oda décimo cuarta [XIV]

**A SAMOS**

1

Cuantos sientan la pesada  
y bronceína mano del miedo,  
que soporten el yugo de la esclavitud.  
Virtud y audacia precisa  
la libertad.

2

Ella (el mito oculta  
la verdad al pensamiento) dio alas  
a Ícaro. Aunque el alado  
cayese y se ahogase  
hundido en el mar.

3

Mas cayó desde las alturas  
y murió siendo libre.  
Si te conviertes en la víctima  
deshonrada de un tirano,  
considera horrible tu tumba.

4

Musa, bien conoces  
el mar de Icaria. Allí están Patmos,  
Korassías\* y Kálymnos  
que alimenta las abejas  
con flores sin libar.

---

\* Grupo de pequeñas islas del Dodecaneso.

5

Ahí está la isla del áloe  
y la afortunada Cos,  
que regaló al mundo  
a Apeles y al inmortal  
Hipócrates.

6

Ahí está Samos, miedo terrible  
de la tierra de Asia.  
Muchacha de la lira, trenza  
para ella la corona eterna  
de los himnos.

7

Allí, recuerdas, llenaste  
la festiva crátera  
del divino Anacreonte  
y tendiste para el anciano  
un fresco lecho de rosas.

8

Allí, enseñaste a los dedos  
de Homero a correr  
en armonía con el canto,  
cuando narraba los hechos  
de los dioses y los héroes.

9

Allí, le inspirabas  
sus dorados cantos épicos  
y, por él, se rajaron  
las nubes y apareció la armonía  
de los astros.

10

Oh morada de los céfiros,  
cuando, en otro lugar, los rayos  
del Sol incendian las montañas  
o la noche de invierno  
ciega las fuentes,

11

tú mantienes tu pecho en flor,  
tu cielo, festivo,  
y de tus árboles cuelga  
siempre una enorme abundancia  
de frutos.

12

Como, antes de anoecer,  
en el éter azulado  
aparece solo,  
brillante y dulce, el astro  
de Afrodita,

13

como resplandece en su frescor  
el orgulloso mirto  
cargado de flores  
cuando el alba de cinturón dorado  
lo saluda,

14

así la barca, al golpear  
las olas del mar de Icaria,  
te ve entre las islas  
espléndida, altísima,  
y se regocija.

15

¿Qué fue de los días  
en que las artes, coronadas,  
bailaban en las cimas  
del arbolado  
Kerketeus?\*

16

Vuelven, oh isla dichosa,  
vuelven otra vez.  
Lo preconizan tus fogosas  
grutas, de los que salen  
diez innumerables cuchillos.

17

Como las avispas  
se aglomeran ante los escasos  
despojos de un ciervo  
despedazado o de un toro convertido  
en cena de una leona,

18

pero, al rugir de imprevisto,  
salen corriendo, dejan  
el deseado alimento  
y van a esconderse bajo los árboles  
y las peñas,

19

así, en las playas  
asiáticas, veo amontonarse  
una ingente multitud  
de agarenos. Pero resulta  
inútil.

---

\* Volcán extinto en la isla de Samos, donde se encuentra la Cueva de Pitágoras.

20

La trompeta de inmensa voz  
grita: “¡Los de Samos! ¡Los de Samos!”.  
Y he aquí que se ponen a temblar  
las piernas de innumerables hombres  
y de caballos asustados.

21

“Los de Samos”, y quedaron diseminadas  
las falanges de los infieles.  
Ah, cobardes, ¿por qué  
no os quedáis a ver si corta el filo  
de nuestra espada?

22

Vuelven, Samos, vuelven  
otra vez los días de la alegría.  
Lo preconizan muchos  
y admirables triunfos  
que te glorifican.

23

Que seas feliz, isla brillante.  
Te contemplé cuando la esclavitud  
te hacía sufrir. Ojala  
llegara a besar tu sagrada tierra  
cuando sea libre.

24

Si nos empeñamos  
en volver a poseerla  
con sudor y sangre,  
será bueno el orgullo  
de la antigua gloria.





Oda décimo quinta [XV]

**A SULI\***

1

Sopla fuerte el viento  
y el bosque de Selas\*\*  
ondea. Llegan de muy lejos  
hasta aquí, en donde estoy,  
metros musicales.

2

No son versos de pastores  
despreocupados, ni de bodas,  
ni de jóvenes mujeres y hombres  
en sus fiestas,  
ni de sacerdotes.

3

Otra resplandeciente fiesta  
se celebra hoy  
en Grecia. Baila  
el ángel de la guerra  
repartiendo laureles.

---

\* Región montañosa del Epiro que destacó en la Guerra de Independencia.

\*\* Nombre antiguo que Kalvos utiliza para referirse a Suli.

4

Famosas y altas rocas,  
montañas de Las Cuatro Aldeas\*,  
desde vosotras descendien  
muchos hombres poderosos  
e indomables.

5

Cada mano, una rama.  
Cada cabeza trae  
una corona. De roca  
en roca saltan entonando  
una canción de guerra.

6

“Los valientes detestan  
una vida larga y oscura.  
Prefieren un nombre  
inmortal y una honrosa tumba  
en vez de un lecho”.

7

Así gritaban. A un mismo tiempo  
resonaban las armas  
y las cuevas... ¡Oh, no escucho  
más que el viento  
y los torrentes!

8

Tú, soldado, que vas corriendo,  
espera. Dime,  
sin que te alcance el proyectil  
del enemigo, a dónde se han marchado  
tus compañeros.

---

\* Según la tradición, Suli se formó por el agrupamiento de Cuatro Aldeas.

9

“No hay tiempo. Si tienes  
ligeros los pies  
y el pecho, sígueme.  
Corre tú también conmigo.  
No tenemos tiempo”.

10

Reconozco tu voz.  
Condúceme. Las rocas se escapan  
ahora, mil veces, bajo las pisadas.  
Quedan atrás cuevas  
y árboles.

11

Anchas aguas de los ríos,  
profundos barrancos,  
solitarios senderos,  
bosques, montañas, tierras  
de cultivo quedan atrás.

12

He aquí Karpenisi.  
Aquí, desde la altura  
en que me encuentro, veo  
escondido un regimiento  
de héroes coronados.

13

Y, enfrente, los vástagos  
de Osmán, sin orden alguno,  
aunque diviso millares  
y millares de infantes y jinetes  
entremezclados.

14

Como, en una tierra en fiestas,  
acude una inmensa muchedumbre,  
se oyen los chasquidos de los instrumentos  
y el ruido y las voces de los hombres  
que se sienten alegres,

15

así pueden oírse también,  
en el ejército de los bárbaros,  
gritos, golpes y tambores.  
Sin embargo, la muerte, de pie,  
los mira sin temblar.

16

Entretanto, la luz del día  
se ha vuelto invisible.  
¡Cubre los cielos  
con tu terrible manto,  
noche sagrada!

17

Madre de elevados  
sentimientos, colaboradora  
de las almas más audaces,  
noche celestial, compañera  
de la justicia.

18

Por ti son castigados con frecuencia  
pueblos insensatos, pródigos.  
Incluso conviertes a menudo  
el cinturón dorado de los tiranos  
en cenizas.

19

Vierte ahora, aquí, tu más densa  
oscuridad. Que un hombre  
no vea a otro hombre.  
Que no descubra un ojo  
una mano armada.

20

Que cree el agitado aliento  
de los enemigos de mi patria  
terribles gigantes  
y que imagine cuchillos  
por doquier.

21

Escucho, escucho el ruido  
de la batalla que comienza.  
Así truena, sordamente,  
el mar cuando se arroja  
sobre los peñascos.

22

Así clama el bosque  
cuando el viento  
lo azota con dureza desde las nubes.  
Las hojas secas se escapan  
en el aire.

23

He ahí, el ruido de las espadas  
se escucha ahora con claridad.  
He ahí, caen, como rayos  
celestes, numerosos e inesperados  
proyectiles de muerte.

24

He ahí, por doquier se levantan  
al unísono las voces  
de los vencedores y los vencidos,  
terrible y temible  
armonía.

25

Oh ángeles, que sois  
guardianes de los justos,  
salvad a los hijos de Selas  
y a Bótsaris\*,  
por Grecia.

26

La batalla cesó totalmente.  
Se va también la noche.  
He aquí que las estrellas palidecen  
y los puros campos del éter  
se vuelven blancos.

27

Densas, densas como niebla  
pasan ante mí  
millares de almas.  
Todavía sus manos chorrean  
sangre.

28

Malvados, habían cogido  
la Cruz enemiga. Y el ángel  
los conduce. En su frente  
brilla el castigo,  
espada en mano.

---

\* Uno de los clanes de Suli que destacaron en las luchas por la Independencia.

29

He aquí vuelan  
por decenas  
los espíritus ligeros de los griegos.  
Centellean como los rayos  
del primer Sol.

30

El ángel alado  
que los conduce  
lleva una cruz y unas palmas.  
Suben cantando  
por encima de las nubes.

31

¡Salve, almas de los mártires!  
Ojalá imitara  
vuestra virtud en este mundo  
y llevara mi lira  
para cantar con vosotros.





Oda décimo sexta [XVI]

**LOS BUENOS DESEOS**

1

Sería mejor que las olas  
furiosas del mar  
ahogasen a mi patria,  
como una barca sola  
y desesperada.

2

Sería mejor que, en tierra firme  
y en las islas, viese una llama  
extendida por doquier  
que devorase ciudades, bosques,  
pueblos y esperanzas.

3

Sería mejor, mejor,  
que los griegos corriesen,  
diseminados, por el mundo  
pidiendo pan con manos  
tendidas.

4

Mejor que tener protectores.  
Nunca me deslumbraron  
las riquezas ni los grandes nombres.  
Nunca me deslumbraron  
los rayos de los cetros.

5

Si, cuando muere  
un rey malvado,  
la noche apagase una estrella,  
quedasen pocas luces  
celestiales.

6

La mano que ofrecéis,  
como señal de protección  
a una nación extranjera, ahogó  
y ahoga a vuestros pueblos  
antes y ahora.

7

¡Cuántos padres dan  
besos, en vez de pan,  
a sus hijos hambrientos,  
mientras brillan en vuestros labios  
copas de oro!

8

Cuando llamáis bajo vuestro  
poder a jóvenes pueblos,  
queréis que os paguen  
suntuosamente  
con nuevos sudores.

9

Las espadas que protegen  
vuestros temblorosos reinos,  
las espadas que asustan  
a la virtud y degollan  
a sus servidores.

10

Necesitáis enormes  
tesoros para comprar  
aplausos de manos, lisonjas  
y la infiel incensación  
de las adulaciones.

11

Nosotros luchamos  
valientemente por la cruz,  
pero vosotros habéis ayudado  
a escondidas a los que combaten  
contra la cruz y la verdad.

12

Para cimentar  
la tiranía honráis  
a la cruz en vuestras ciudades,  
pero combatís contra ella  
en Grecia.

13

¡Y, ahora, extendéis vuestras  
manos para protegernos!  
¡Retiradlas!  
Dios lo ve y resplandece  
contra los astutos.

14

Sólo cuando los vientos  
zarandean al árbol joven  
necesita ayuda,  
pero, ahora, se fortaleció  
y le basta su vigor.

15

Griegos, empuñad con fuerza  
las espadas. Levantad los ojos.  
He aquí que Dios, en los cielos,  
será vuestro único  
protector.

16

Y, si Dios y las armas  
nos faltan, será mejor  
que las feroces yeguas  
de los turcos vuelvan a relinchar  
en el Citerón,

17

antes que... ¡Ay! Cuanto más ciega  
y cruel es la tiranía  
tanto más se abren  
velozmente las puertas  
de la salvación.

18

No me ciega pasión  
alguna. Yo toco  
mi lira y me quedo de pie  
junto a la boca abierta  
de mi tumba.

Oda décimo séptima [XVII]

**EL ESPECTRO**

1

Se ensombrece mi espíritu.  
La tierra se inclina bajo mis pies.  
Corro involuntariamente  
como desde la cima de una montaña  
hasta un valle.

2

Me arrastra la suerte. Oh, cuánta  
noche y cuánto miedo  
se condensa aquí, en donde caigo  
y entro. ¿Es una cueva  
o la hendidura del Hades?

3

Los vientos se han desatado.  
Impetuosos, impetuosos se derraman  
aquí adentro, como ríos  
enfurecidos por inmensas nubes  
invernales.

4

En el clamor, se levantan  
voces continuas e insignificantes,  
como lejanos suspiros en el mar  
de millares de hombres  
que se ahogan.

5

Veo en lo profundo una chispa.  
Se acerca. Crece.  
Se ha tendido ante mí  
como un círculo inmenso,  
como un mar incendiado.

6

Nafragios deplorables  
flotan por allí. Pasa  
un cuerpo enorme recién  
desgarrado que se parece al cuerpo  
de una reina.

7

¡Oh Grecia! He aquí  
que pasan miles de niños,  
en pañales aún,  
y llevan un cuchillo hundido  
en el pecho.

8

He aquí que pasan madres.  
jovenzuelas. Al principio, brillaba  
como estrellas su inmensa multitud.  
Estaban contentas, pero las agarró  
la hora mortal.

9

Las rosas de sus coronas  
están deshojadas.  
Sus blancos pechos están desnudos  
infectados por la boca  
de feroces bárbaros.

10

Helos ahí. Pasan también  
montones de combatientes,  
gloriosos marineros, inolvidables,  
valerosos soldados y una muchedumbre  
apacible.

11

En vano desnudaron  
sus afiladas espadas.  
En vano recogieron laureles.  
El viento se llevó de repente  
toda esperanza.

12

Desierto está ahora el mar.  
Y he aquí que, a lo lejos,  
como nubes en el horizonte  
vespertino, vuelvo a ver  
tierra e islas.

13

Ciudades destrozadas  
aparecen por allí. Restos  
de torres, de templos, de aldeas.  
Arados, barcas y armas  
olvidados.

14

No veo a ningún ser vivo.  
Ni a uno dejó la cruel suerte  
sobre teatro semejante.  
Veo llorar a los pueblos por su precoz  
y miserable destino.

15

La Discordia, enorme, terrible,  
con sus alas extendidas,  
como un águila inmóvil,  
está suspendida, alto,  
en el aire.

16

“Yo”, grita, “yo borré  
del mundo a un pueblo.  
Y ahora me regocijo  
ante esta tierra  
arruinada”.

17

Tras sus palabras, la de mala  
reputación vierte sangre  
de dos copas y se cubren  
de púrpura todos los campos celestes,  
la tierra y las islas.

18

El espectro se fue, se fue  
como un sueño. El aire  
purísimo desciende  
y refresca mis labios  
y mi alma.

19

¡Oh Grecia! ¡Oh patria mía!  
¡Madre de las más dulces  
esperanzas! Te veo aún  
con vida y en el combate,  
y me repongo:



20

Huye, huye del peligro  
por la cruz que lavas  
con tu sangre. Por el nombre  
de la sagrada libertad  
de tus hijos.

21

Hasta hoy te han ayudado  
la llama inspirada por Dios  
del pensamiento, las enormes,  
inesperadas, innumerables  
hazañas, y tu fuerza.

22

Pero ha llegado el momento  
del peligro. El glorioso laurel  
de tu cabeza está temblando.  
Y el enemigo está atento  
a arrebatártelo.

23

Debes saber que, así como el valor  
salva al soldado en las danzas  
de la guerra, así en ellos  
la concordia salva  
a los pueblos.



Oda décimo octava [XVIII]

**A LA VICTORIA**

1

Tú, ser a quien la fantasía  
llameante de los mortales  
ve como a una virgen  
alada en el aire,  
eres obra celeste.

2

Una estrella que nunca se apaga  
brilla en tu frente,  
oh Victoria, y a tu alrededor  
se amontonan inútilmente  
las noches de los siglos.

3

La mano que preparó  
la túnica de los cielos,  
sale de doradas nubes  
y te muestra a valerosos  
hombres.

4

Tú vuelas sobre ellos  
y les esparces hojas inmarcesibles.  
Ellas regocijan a los vivos  
e incluso a los que han muerto  
con nobleza.

5

¡Ay! ¡Estás viendo que las altas,  
e intranquilas cañas  
del estanque se inclinan  
al rápido aleteo del Noto\*  
y del Euro\*\*!

6

De crujidos llenan  
incesantemente, en toda su extensión,  
la inmensa llanura,  
pero nadie ha contado  
su multitud.

7

Sin embargo, los cazadores  
meten fuego por allí  
y, al instante, la llama ha pasado  
de un extremo a otro  
quemándolo todo.

8

Desierta, al descubierto,  
brilla ahora la espalda  
de las aguas. El viento  
ha esparcido los restos  
del humo y la ceniza.

9

Densas, densas como cañas  
al viento, veíamos moverse  
en nuestros campos las armas  
de nuestros enemigos.  
Pero todas cayeron.

---

\* Viento del sur.

\*\* Viento del sudeste.

10

¿Dónde están las numerosas lenguas  
de las espadas relampagueantes?  
¿Dónde están las manos  
de nuestros incontables enemigos?  
¿Dónde el orgullo?

11

El Hades, ancho y oscuro,  
profundo e ineludible,  
abrió la boca debajo de ellos.  
Se hundieron, se desvanecieron,  
se cerró la tumba.

12

Así, desde el Sol,  
como gotas de fuego,  
caen las horas al mar  
de los siglos y se pierden  
para siempre.

13

Oh Victoria, teje coronas  
para los griegos, pero no  
como las que regalas  
al vanidoso rey bebedor  
de sangre.

14

No como aquéllas. Sobre ellas  
gotean las lágrimas  
de los pueblos y se ajan  
velozmente como la hierba  
quemada por la serpiente.

15

Ve al Paraíso.  
Allí crece un laurel.  
Un ángel resplandeciente  
lo guarda y lo riega  
con estos cantos:

16

“Crece por el triunfo,  
crece por el amor  
de la libertad y de la patria.  
Crece, laurel, sin que nunca  
te hiera el rayo”.

17

Busca las ramas más floridas  
y más inmarcesibles.  
Teje con ellas las coronas  
y añade incluso dos clases  
de rosas.

18

Blancas y fresquísimas,  
como estrellas de la mañana,  
crecen bajo los pies divinos  
y caen con frecuencia  
en el mundo.

19

Tú las conoces, porque adornaste  
con ellas, muchas veces,  
a los que no pisotearon con violencia  
al enemigo cuando depuso  
sus armas.

20

Tú las conoces, porque las regalaste  
a cuantos no alzaron sus pesadas  
manos contra ancianos  
o doncellas convertidos en botín  
de guerra.

21

Si honras con ellas  
al héroe, la tumba acogerá  
su cuerpo, los cielos  
acogerán su corona  
y su nombre.





Oda décimo novena [XIX]

**AL TRAIADOR**

1

Dio la espalda.  
Huye, huye el traidor.  
Lleva armas sin brillo  
y envenenadas. Su pecho  
se convirtió en el Hades.

2

Dejó atrás la cruz  
y a los griegos. Tendió  
amigablemente su mano  
a los turcos y se prosternó  
a la ley bárbara.

3

Lo acompaña una enorme  
y negrísima nube del aire.  
Incluso un rayo sin sacudir  
se cierne sobre él.  
Y un vigilante destino.

4

Oh Varnakiotis\*, vas corriendo  
y el golpe de tus pies  
retumba, como si corriese  
por la bóveda hueca  
de un abismo profundo.

---

\* Jefe militar de la Guerra de la Independencia.

5

Si, fatigado, te tiendes  
a descansar en la hierba,  
la conciencia punitiva  
se acuesta contigo y transforma  
la hierba en dragones.

6

Tú rehuyes la luz  
del día, con el miedo  
de que las largas espadas  
de los traicionados vuelvan  
a verte.

7

Llamas a la noche y viene.  
Pero te imaginas  
a enemigos armados  
envueltos en la oscuridad  
y te vuelves loco.

8

Si escuchas el doloroso  
lamento fúnebre  
de una viuda o de un recién nacido,  
te echas a temblar y tu vaso  
cae roto.

9

Si ves que alguien se ríe  
de alegría en una cena  
de amigos,  
tus cejas gotean sudores  
de muerte.

10

¡Oh, qué vida compraste,  
traidor Varnakiotis!  
Y ¿qué esperabas? La divinidad  
concede regalos semejantes  
a quienes son como tú.

11

Si querías oro,  
lo habrías encontrado,  
espada en mano,  
riqueza abundante en las tiendas  
agarenas,

12

Si querías venganza,  
herido por los insultos  
de las bocas griegas,  
la mejor venganza es  
la compasión.

13

Si querías un nombre  
ilustre y grande,  
y que, al pasar tú, todos los ojos  
se volvieran a mirarte  
con admiración,

14

elegiste, miserable,  
un camino equivocado.  
Los griegos a los que traicionaste  
son admirados en todo el mundo  
y se les llama héroes.

Y Varnakiotis se convirtió  
en un hombre despreciado.  
¡Procura que tu destino  
te conceda una tumba  
que nadie conozca!

Oda vigésima [XX]  
**EL ALTAR DE LA PATRIA**

1

¡Corred, hermanos, corred,  
cálidas y generosas almas!  
Corred, todos, alrededor  
del resplandeciente altar  
de la patria.

2

Que cesen las discordias  
que arrojan las naciones ciegas  
bajo las durísimas garras  
de los vigilantes y engañosos  
tiranos.

3

Corred aquí. Entrelacemos  
los bailes de común acuerdo  
y que cada uno ofrezca  
un sacrificio ilustre y valioso  
a la patria.

4

Purifiquemos aquí,  
de buen ánimo, nuestras pasiones.  
Tomemos con fuerza nuestras armas  
sólo para herir el pecho  
de Osmán.

5

Derramemos aquí  
todas nuestras riquezas. Mientras  
sostenemos la espada desnuda,  
nos bastan las honrosas hojas  
del laurel.

6

Y después, cuando hayamos  
destrozado el yugo enemigo,  
nos volverá a conceder  
otras riquezas, no inseguras,  
la libertad.

7

Abandonemos aquí, amigos,  
los placeres y el descanso.  
El lecho de la esclavitud  
es piedra dura y el pan,  
veneno.

8

Aquí, junto al altar,  
dejemos ahora, en ofrenda,  
a nuestros familiares,  
a nuestros hijos queridos  
y a los ancianos.

9

Cuanto es querido en nuestros  
corazones no se aviene  
bien con hombres que se asustan  
ante el insensato  
y bárbaro cetro.

10

Ni la vida se aviene bien.  
Corred, hermanos, corred.  
Hemos bailado al unísono.  
Muramos al unísono  
por la patria.





## ÍNDICE

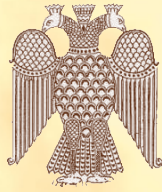
Sobre Andreas Kalvos .....	9
Preámbulo .....	19
El patriota .....	21
A la Gloria .....	27
A la muerte .....	33
Al batallón sagrado .....	41
A las Musas .....	45
A Quíos .....	51
A Parga .....	57
A los agarenos .....	61
A la Libertad .....	67
El Océano .....	71
La Musa británica .....	79
A Psará .....	85
Los volcanes .....	91
A Samos .....	99
A Suli .....	105
Los buenos deseos .....	113
El espectro .....	117
A la Victoria .....	123
Al traidor .....	129
El altar de la patria .....	133











Biblioteca de Autores Clásicos Neogriegos